entre las dos torres, hallóse en la mayor confusión que imaginarse puede. Corrió por algunos minutos á lo largo de la galería, yendo y viniendo como un loco, viendo desde arriba la masa compacta de los hampones, pronta á precipitarse sobre la iglesia y pidiendo á Dios ó al diablo que salvase á la gitana. Ocurrióle la idea de subir al campanario meridional y tocar á vuelo; pero antes de que hubiera podido poner en movimiento la campana, antes de que la ronca voz de María hubiera podido exhalar un solo clamor, no había tiempo para destruir diez veces la portada? Precisamente en aquel momento se adelantaban á ella los hampones con sus instrumentos de cerrajería. Qué podía hacer? En aquel momento se acordó de que habían estado unos albañiles trabajando todo el día en reparar la pared, el maderamen y el techo de la torre meridional. Esta idea fué un rayo de luz, por que la pared era de piedra, la techumbre de plomo, y la armazón de madera, (aquella prodigiosa armazón tan pomposa que la llamaban *el bosqueu*).

Voló Quasimodo á aquella torre: las habitaciones inferiores estaban en efecto llenas de materiales. Había montones de cascote, láminas de plomo arrolladas, haces de latas, gruesas vigas melladas ya por la sierra y muchedumbre de escombros; en fin un arsenal completo.

El tiempo urgía. Las pinzas y los martillos trabajaban abajo. Con una fuerza que multiplicaba el sentimiento del peligro, levantó una de las vigas, la más pesada, la más larga; sacóla por la ventanilla, y cogiéndola luego por fuera de la torre, hízola deslizarse sobre el ángulo de la balaustrada que rodea la plataforma, y la dejó caer en el abismo. El enorme madero en aquella caída de ciento veinte pies, raspando la pared, rompiendo las esculturas, giró muchas veces sobre sí mismo como el aspa de un molino, que volara por sí

sola en el espacio: tocó por fin el suelo, alzóse un grito horrible y la negra viga, botando sobre el suelo, parecía una serpiente que brinca.

Vió Quasimodo á los hampones esparramarse al caer el madero, como la ceniza al soplo de un niño: aprovechóse de su terror, y mientras fijaban una supersticiosa mirada sobre la masa derrumbada del cielo y acribillaban los santos de piedra de la portada con una descarga de saetas y de ballestas, amontonaba él silenciosamente piedras, cascotes y hasta sacos de instrumentos de albañilería sobre el realce de aquella balaustrada de donde se había precipitado la viga.

Y así desde que empezaron á golpear la enorme puerta, empezó á llover el granizo de los cascotes, y parecióles que la iglesia se demolía por sí misma sobre sus cabezas.

Quien hubiera visto á Quasimodo en aquel momento, hubiera temblado; además de los proyectiles que había amontonado sobre la balaustrada, reunió una multitud de piedras sobre la misma plataforma. Luego que agotó los cascotes reunidos en el realce exterior, cogió á puñados en el montón, y entonces se agachaba y se volvía á enderezar con increíble actividad. Su enorme cabeza de gnomo se asomaba á la balaustrada y luego caía una piedra, y luego otra, y luego otra; de vez en cuando á las mejores piedras las seguía con los ojos, y cuando mataban á alguno, decía: Así!

Los hampones, sin embargo, no desmayaban; ya más de veinte veces había temblado la maciza puerta en que se encarnizaban, bajo el peso de su ariete de encina multiplicado por la fuerza de cien hombres. Rechinaban las compuertas, volaban en astillas las cinceladuras, los goznes á cada sacudida temblaban en sus ejes, las cerraduras salían de quicio, la madera caía echa polvo entre las chapas de hierro; afortunadamente para Quasimodo, había más hierro que madera.

Conoció, sin embargo, que la enorme puerta vacilaba, aunque no lo oía, cada golpe del ariete se repercutaba á la vez en las cavernas de la iglesia y en sus entrañas; veía desde lo alto á los hampones, llenos de triunfo y de rabia, amenazar con los puños á la tenebrosa fachada, y envidiaba para la gitana y para él las alas de los buhos que huían á bandadas por cima de su cabeza.

Su lluvia de cascotes no bastaba á rechazar á los sitiadores.

En aquel momento de angustia, notó un poco más abajo de la balaustrada desde donde acribillaba á los hampones, dos largas canales de piedra que desembocaban inmediatamente sobre la puerta principal; el orificio interior de estas canales daba sobre la plataforma. Ocurrióle una idea; fué á buscar un leño en su estancia, puso sobre él una porción de latas y de rollos de plomo, municiones de que aún no había hecho uso, y después de bien dispuesto todo aquello junto á la boca de ambos canelones, pególe fuego con su linterna.

Durante este tiempo, como ya no caían piedras, dejaron los hampones de mirar á lo alto; y todos ellos jadeando como una turba de perros que acosa á un jabalí en su madriguera, apiñábanse en tumulto alrededor de la gran portada, desfigurada toda ella por el ariete, pero en pie todavía, esperaban con bramidos de impaciencia el golpe que iba á hacerla pedazos. Procuraban todos á porfía acercarse á ella lo más posible para poder lanzarse los primeros, cuando se abriese, en aquella opulenta catedral, vasto receptáculo á donde habían ido á amontonarse las riquezas de tres siglos. Recordábanse unos á otros con rugidos de júbilo y de apetito las ricas cruces de plata, las ricas dalmáticas de brocado, las soberbias tumbas de plata sobredorada, las grandes magnificencias del coro,

las fiestas deslumbradoras, las navidades brillantes con antorchas, las pascuas esplendentes con el sol, todas aquellas magníficas solemnidades en que urnas, candeleros, copones, tabernáculos, relicarios, cubrían los altares de una corteza de oro y de diamantes. Cierto que en aquel dulce momento, tumbones y desarrapados, archipámpanos y capones, mucho menos pensaban en salvar á la gitana, que en saquear á Nuestra Señora, y aun no estamos muy lejos de creer que para muchos de ellos la Esmeralda no era más que un pretexto, si se necesitan pretextos para robar.

Repentinamente, en el momento en que para un postrer esfuerzo se agrupaban en derredor del ariete, conteniendo todos el aliento y recogiendo sus músculos á fin de comunicar toda su fuerza al golpe decisivo, alzóse en medio de ellos un aullido más espantoso aún que el que había nacido y espirado bajo el madero. Los que no gritaban, los que vivían aún, miraron. Dos chorros de plomo derretido caían desde lo alto del edificio en lo más espeso de la muchedumbre; aquel mar de hombres acababa de doblegarse bajo el metal hirviendo, que hizo en los dos puntos donde cayó, dos agujeros negros y humeantes en el gentío, como en la nieve el agua caliente. Agitábanse en ellos multitud de moribundos medio calcinados y bramando de dolor: alrededor de aquellos dos caños principales, muchas gotas de la horrible lluvia se esparramaban sobre los sitiadores, y penetraban en los cráneos como barrenas candentes. Era un fuego macizo que acribillaba á aquellos miserables como un espantoso diluvio.

Terrible fué el clamor; todos huyeron en tropel, dejando caer el madero sobre los cadáveres, los valientes como los cobardes, y por segunda vez quedó el atrio vacío.

Todos alzaron los ojos á lo alto de la iglesia y vieron una cosa extraordinaria: en la cumbre de la más

alta galería, encima del rosetón central, alzábase una grande hoguera entre los dos campanarios con torbellinos de chispas y una llama brillante y furiosa, de que á veces se llevaba el viento un pedazo entre el humo. Debajo de esta llama, debajo de la sombría balaustrada de color de fuego, dos canelones en forma de cabezas de monstruos que vomitaban sin interrupción aquella lluvia ardiente que destacaba su argentada corriente sobre las tinieblas de la fachada inferior; á medida que se acercaban al suelo, ensanchábanse formando copa los dos chorros de plomo líquido, como el agua que sale por mil agujeros de la regadera. Encima de la llama, las enorme torres, de cada una de las cuales se veían dos faces duras y recortadas, una enteramente negra, otra enteramente roja, parecían engrandecidas con toda la inmensidad de la sombra que proyectaban hasta en el cielo. Sus innumerables esculturas de diablos y de dragones tomaban un aspecto lúgubre; la inquieta claridad de la llama las hacía moverse á la vista. Había culebras que parecían reirse, gárgolas que parecía oírselas ladrar, salamandras que soplaban en el fuego, tarascas que estornudaban en el humo. Y entre aquellos monstruos, despertados así de su sueño de piedra por aquella llama, por aquel ruido, uno había que andaba y que se veía pasar de vez en cuando sobre la encendida frente de la hoguera como un murciélago delante de una luz.

Sin duda aquel faro singular despertó á lo lejos al leñador de las colinas de Bicetre, aterrado de ver vacilar sobre sus matorrales la gigantesca sombra de las torres de Nuestra Señora.

Siguió un silencio de terror entre los hampones, durante el cual no se oyeron más que los gritos de alarma de los canónigos encerrados en su claustro, y más inquietos que caballos en una cuadra que está ardiendo; el furtivo rumor de las ventanas que se abrían y cerraban con precipitación, el teje-maneje interior de las casas y del hospital, el viento en la llama, el estertor de los moribundos, y el continuo chirrido de la lluvia de plomo sobre las piedras.

En tanto los principales jefes de la hampa se retiraron bajo el pórtico de la casa Gondelaurier á celebrar consejo. El duque de Egipto, sentado en un poyo, contemplaba con religioso espanto la fantasmagórica hoguera resplandeciendo á doscientos pies sobre el nivel del suelo. Clopin Trouillefou se mordía sus manazas con rabia.—Imposible entrar!—murmuraba entre dientes.

—Iglesia tan vieja como bruja,—refunfuñaba el antiguo gitano Matías Hungadí Spicali.

—Por los bigotes del papal repuso un valentón ya algo machucho que había sido soldado,—vaya unos canelones de iglesia que vomitan plomo derretido mejor que los matacanes de Lectoure.

—Veis ese demonio que no hace más que pasar por delante del fuego?—preguntó el duque de Egipto.

—Pardiez!—dijo Clopin,—es el maldito campanero de Quasimodo.

El gitano meneó la cabeza.—Pues yo digo que es el espíritu Sabnac, el gran marqués, el demonio de las fortificaciones. Su forma es la de un soldado armado, con cabeza de León; monta á veces un caballo inmundo; convierte á los hombres en piedras, de que luego hace torres, y manda á cincuenta legiones. Estoy seguro de que es él; le reconozco. A veces viste un soberbio ropón de oro á la manera de los turcos.

—Donde está Bellevigne de-l'Etoile? preguntó Clopin.

—Ha muerto,—respondió una hampona.

Andrés el Rojo reía con una risa idiota:—Nuestra Señora da que hacer á la casa de Dios, decía.

—Con que no hay medio de forzar esta puerta?—exclamó el rey de Tunia dando una patada en el suelo.

Mostróle tristemente el duque de Egipto los dos arroyos de plomo hirviendo que no cesaban de rayar la negra fachada, como dos largas ruecas de fósforo. —Iglesias se han visto que se defendían así ellas solas, observó suspirando. Santa Sofía de Constantinopla (cuarenta años hace que sucedió esto) tiró tres veces al suelo la media luna de Mahoma, sacudiendo sus cúpulas, que son sus cabezas. Guillermo de París, que construyó esta, era un mágico.

—Con que hemos de tener que irnos rabo entre piernas como una pandilla de lacayos?—dijo Clopin; —y dejar ahí nuestra hermana para que esos lobos encapuzados vengan á ahorcarla mañana!!..

—Y la sacristía, donde hay carretadas de oro!—añadió un hampón cuyo nombre sentimos ignorar.

—Barba de Mahoma! gritó Trouillefou.

—Probemos otra vez,—repuso el hampón.

Matías Hungadi meneó la cabeza.—Lo que es por la puerta no hay que pensar en que entremos; fuerza será buscar el flaco de la armadura de la vieja hechicera, un agujero, una poterna, una rendija cualquiera.

—Quién me sigue?—dijo Clopin;—allá vuelvo yo. —A propósito, dónde anda el estudiante Juan que estaba tan arropado en hierro?

—Habrá muerto,—respondió una voz;—ya no se le oye reir.

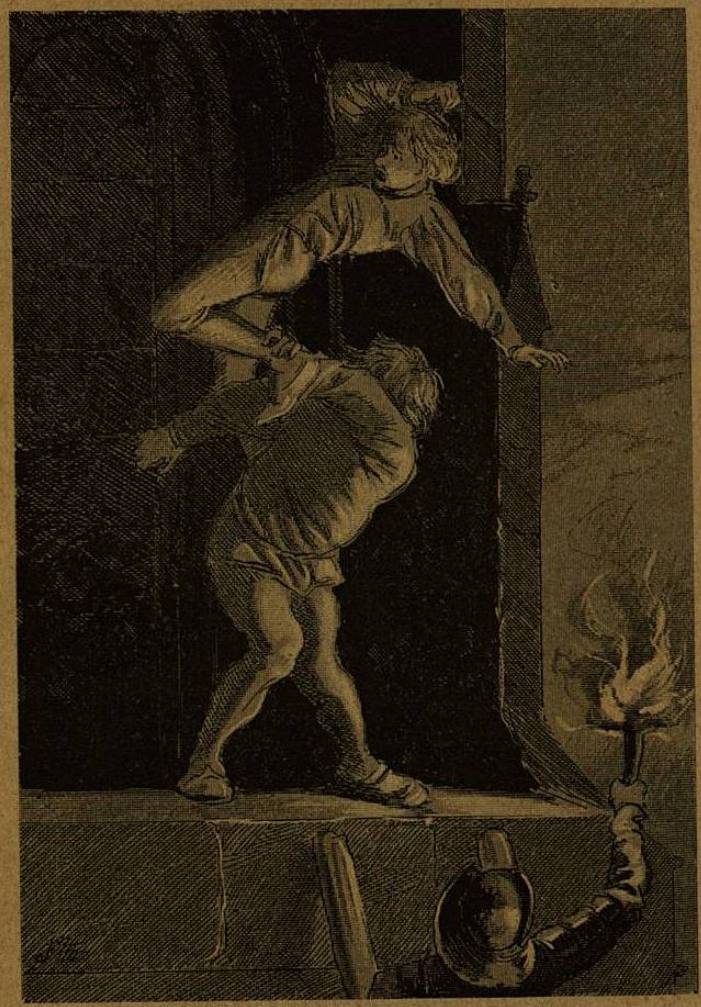
El rey de Tunia frunció las cejas.

—Tanto peor! bajo aquella armadura latía un corazón de hombre.

—Y maese Pedro Gringoire?

—Capitán Clopin,—dijo Andrés el Rojo,—aun no habíamos llegado al Pont-aux-Changeurs cuando ya había tomado ese pícaro las de Villadiego.

Clopin dió una furibunda patada.—Cuerno de Dios!



...Vióse á Quasimodo de pié en el parapeto de la galería, agarrando con una sola mano al estudiante...

él es quien nos mete en esto, y luego nos planta en mitad de la fiesta! Cobarde hablador!..

—Capitán Clopin,—gritó Andrés el Rojo, que dirigía la vista hacia la calle del Atrio,—aquí viene el estudiante.

—Loado sea Plutón!—dijo Clopin.—Pero de qué diablos viene tirando?

Acudía Juan en efecto corriendo con cuanta velocidad se lo permitían sus pesados arreos de paladín, y una larga escalera de manos que arrastraba impávido sobre las piedras, más sofocado que una hormiga cargada con una espiga veinte veces más larga que ella.

—Victoria! *Te Deum!*—gritaba el estudiante.—Aquí está la escalera de los descargadores del puerto San Landry.

Acercóse á él Clopin:—Muchacho, qué quieres hacer, cuerno de Dios, de esa escalera?

—Ya es mía,—respondió Juan jadeando.—Yo sabía donde estaba; en casa del teniente: conozco allí una muchacha que me cree hermoso como un Cupido. Ella me ha servido para coger la escalera, y aquí la tengo, cuerno de papa! La pobre chica ha salido en camisa á abrirme.

—Bueno,—dijo Clopin;—pero qué quieres hacer de esa escalera?

Miróle Juan con aire penetrante y maligno, é hizo resonar sus dedos como un par de castañuelas. Sublime estaba el muchacho en aquel momento: tenía en la cabeza uno de aquellos cascos recargados del siglo XV que aterraban al enemigo con sus fantásticas quimeras. Estaba el suyo erizado de diez picos de hierro, de modo que Juan hubiera podido disputar el temible epiteto de δεχεμβολς al navío homérico de Nestor.

—Qué quiero hacer de ella, augusto rey de Tunia? Veis esa hilera de estatuas que parecen tontas, allá, encima de los tres portones?

—Sí, y qué?

—Esa es la galería de los reyes de Francia.

—Y qué tengo yo que ver con eso?—dijo Clopin.

—Paciencia! al fin de esa galería hay una puertecilla que nunca se cierra más que con pestillo: con esta escalera plántome allí, y cátame en la iglesia.

—Niño, déjame subir el primero.

—No, compadre, no, la escala es mía. Venid y seréis el segundo.

—Ahóguete Belcebú!—dijo el severo Clopin,—yo no quiero ir detrás de nadie.

—Pues entonces, Clopin, busca otra escala.

Echó Juan á correr por la plaza tirando de la escalera y gritando:—Acá, hijos míos!

Al cabo de un momento vióse la escala apoyada en la balaustrada de la galería inferior encima de las puertas laterales: la caterva de los hampones, lanzando grandes aclamaciones, se apiñó á sus pies para trepar por ella; pero Juan sostuvo sus derechos y puso el primero la planta en los travesaños. Algo larga era la travesía; la galería de los reyes de Francia se alza en la actualidad como hasta sesenta pies sobre el nivel del suelo, y entonces la alzaban aun más las once gradas de la escalinata. Subía Juan lentamente algo embarazado con su pesada armadura, agarrádose con una mano á un escalón y sosteniendo en la otra su ballesta. Cuando llegó á la mitad de la escala echó una mirada melancólica sobre los pobres hampones muertos, que atestaban el atrio.—Ah! dijo, he aquí un montón de cadáveres digno del quinto canto de la Ilíada! Luego continuó subiendo seguido de una gran multitud; había un hombre en cada escalón. Aquella línea de espaldas cubiertas de corazas que se alzaba ondulando en la sombra, parecía una serpiente de escamas aceradas que se empinaba contra la iglesia.

Juan, que hacía la cabeza, é iba silbando, completaba la ilusión.

Tocó en fin el estudiante el balcón de la galería, y saltó por cima de él con bastante ligereza en medio de los aplausos de toda aquella pillería; dueño ya de la ciudadela, lanzó un grito de alegría, y luego de repente se paró petrificado. Detrás de la estatua de un rey, acababa de ver á Quasimodo oculto en las tinieblas, echando llamas por su ojo de cíclope.

Antes de que un segundo sitiador hubiera podido poner los pies en la galería, saltó el formidable jorobado á la punta de la escalera, cogió sin decir palaba el extremo de los ejes con sus dos robustas manos, la levantó, la separó de la pared, meneó un momento entre mil amargos clamores de agonía, la larga y flexible escala atestada de hombres de arriba abajo, y luego de pronto con una fuerza sobrehumana, precipitó aquel racimo de hombres en la plaza. Hubo un instante en que los más intrépidos palpitaron: la escala lanzada hacia atrás, quedó por un momento recta y pareció vacilar; osciló algún tanto, y luego de pronto describiendo un espantoso arco de círculo de ochenta pies de rádio, se precipitó sobre el suelo con su carga de bandidos, más rápida que un puente levadizo cuyas cadenas se quiebran de repente. Siguióse una inmensa imprecación, y luego todo calló, y algunos infelices mutilados se retiraron á rastras de debajo del montón de cadáveres.

Un murmullo de dolor y de cólera siguió entre los sitiadores á los primeros gritos de triunfo. Quasimodo, impasible, apoyados los codos en la baranda, los miraba; parecía un antiguo rey cabelludo asomado á su balcón.

Juan Frollo por su parte estaba en una situación muy crítica. Hallábase en la galería con el formidable campanero, solo, separado de sus compañeros por una pa-

red vertical de ochenta pies. Mientras el campanero manejaba la escala, corrió él hacia la poterna que creía abierta; pero no lo estaba porque el sordo, al entrar en la galería, habíala cerrado detrás de sí. Escondióse entonces Juan detrás de un rey de piedra, sin atreverse á respirar, y fijando en el monstruoso jorobado sus ojos con terror como aquel hombre que, al acudir á la cita de la mujer del conserje de una casa de fieras, se equivocó de pared en su nocturno escalamiento, y se halló de súbito cara á cara con un oso blanco.

En los primeros momentos, el sordo no hizo alto en él; pero al fin volvió la cabeza é hizo un ademán de furor: acababa de divisar al estudiante.

Preparóse Juan á un ataque terrible; pero el sordo permaneció inmóvil; no hacía más que mirar de frente al estudiante.

—Oh! oh!—dijo Juan,—qué tienes que mirarme con ese ojo tuerto y melancólico?

Y esto diciendo, el pícaro hampón preparaba por lo bajo su ballesta.

—Quasimodo!—gritó,—voy á hacerte mudar de apodo; de aquí en adelante te llamarán el ciego.

Salió el tiro, silbó la aguda flecha y fué á clavarse en el brazo izquierdo del jorobado: pero tanto se resintió Quasimodo de aquella herida como pudiera haberlo hecho el rey Faramundo. Echó mano á la saeta, la arrancó de su brazo y la quebró sin decir palabra sobre su rodilla; dejó luego caer, más bien que tiró, los dos fragmentos. Pero Juan no tuvo tiempo para disparar segunda vez. Rota la flecha, dió Quasimodo un fuerte resoplido, saltó como una langosta y se precipitó sobre el estudiante, cuya armadura se abolló toda en su choque contra la pared.

Y entonces en aquella penumbra en que flotaba la luz de las antorchas, se divisó una cosa horrible.

Asió Quasimodo con la mano izquierda los dos brazos de Juan, que ni siquiera hizo un movimiento, tanto conoció que estaba perdido, y con la derecha fuele el sordo quitando una á una, con siniestra lentitud, todas las piezas de su armadura, la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazales. Quasimodo dejaba caer á sus pies pedazo á pedazo la cáscara de hierro del estudiante.

Cuando éste se vió desarmado, despojado de sus vestidos, débil y desnudo entre aquellas terribles manos, no trató de hablar á aquel sordo; pero empezó á reírsele en los hocicos y á cantar con su indiferencia de dieciséis años la canción entonces popular:

Lucido traje viste
La ciudad de Cambrai:
Marafin la ha robado
. . . . . .

No pudo acabar. Vióse entonces á Quasimodo, en pie sobre la baranda de la galería, que con una sola mano sostenía por los pies al estudiante haciéndole girar sobre el abismo como una honda; luego se oyó un ruido como el de una caja huesosa que se revienta contra una pared; y se vió caer una cosa que se detuvo á un tercio de la caída en un saliente de la escultura. Era aquello un cuerpo muerto que quedó enganchado allí, doblado por la mitad, rotos los riñones, el cráneo vacío.

Alzaron los hampones un grito de horror.—Venganza! gritó Clopin.—A saco! respondió la multitud.—Asalto! asalto!—Siguióse entonces un aullido prodigioso, en que se mezclaban todas las lenguas, todos los dialectos, todos los acentos: la muerte del pobre estudiante produjo un furibundo ardor en aquella muchedumbre, corrida y colérica de haber estado tanto tiempo tenida á raya delante de una iglesia defendida

por un jorobado. La rabia encontró escalas, multiplicó las antorchas, y al cabo de algunos minutos, Quasimodo, desesperado, vió aquel espantoso hormiguero subir por todas partes al asalto de Nuestra Señora. Los que no tenían escalas, tenían cuerdas con nudos; los que no tenían cuerdas, trepaban por los relieves de la escultura; colgábanse los unos á los guiñapos de los otros. No había medio de resistir á aquella marea continua de caras horribles; el furor hacía centellear aquellos feroces semblantes: de sus frentes terrosas goteaba el sudor; sus ojos brotaban luz; todos aquellos gestos, todas aquellas fealdades arremetían á Quasimodo. Parecía que alguna otra iglesia había enviado al asalto de Nuestra Señora sus gorgonas, sus culebras, sus tarascas, sus demonios, sus más fantásticas esculturas; parecía una capa de monstruos vivos sobre los monstruos de piedra de la fachada.

Brillaban en tanto multitud de luces en la plaza; aquella escena tumultuosa, sepultada hasta entonces en la obscuridad, se inundó súbitamente en la luz. Resplandecía el atrio y extendía sus reflejos hasta el cielo; la hoguera encendida en la alta plataforma continuaba ardiendo, é iluminaba á lo lejos la ciudad. La enorme silueta de las dos torres, desarrollada á lo lejos sobre los techos de París, formaba en aquella claridad un ancho borrón de sombra. La ciudad parecía haberse conmovido: oíase á lo lejos tocar á vuelo; los hampones aullaban, jadeaban, juraban, subían; y Quasimodo, impotente contra tantos enemigos, temblando por la gitana, viendo aquellos horribles semblantes acercarse más y más á su galería suplicaba un milagro al cielo, y se atarazaba desesperado los brazos.

V

El retiro donde reza las oraciones del día el señor Rey Luis de Francia

Tal vez no ha olvidado el lector que un momento antes de divisar la tropa nocturna de los hampones, Quasimodo, escudriñando á París desde lo alto de su campanario, no vió en todo él más que una luz que salía de un vidrio en el piso más elevado de un alto y sombrío edificio, al lado de la puerta de San Antonio. Aquel edificio era la Bastilla; aquella luz la vela de Luis XI.

El rey Luis XI estaba en efecto en París hacía ya dos días, y dentro de otros dos debía ponerse en camino para su ciudadela de Montilz-les-Tours. Raras y breves apariciones hacía aquel monarca en su *buena* ciudad de París, porque no hallaba en ella alrededor de su persona bastantes trampas, patíbulos y arqueros escoceses.

Había ido aquel día á pasar la noche en la Bastilla. La grande estancia de seis toesas cuadradas que tenía en el Louvre, con su gran chimenea cargada de doce animalotes y trece grandes profetas, y su gigantesco lecho de once pies á doce, le gustaban poco. Perdíase él en todas aquellas grandezas: aquel rey, algo plebeyo, prefería la Bastilla con un cuartucho y una camita. Además, la Bastilla era más fuerte que el Louvre.

Aquel *cuartucho* que se había reservado el rey en la famosa prisión de estado, era bastante espacioso y ocupaba el piso más alto de un torreón contiguo á la fortaleza. Era un recinto de forma redonda, entapizado de esteras de reluciente esparto con su techo formado de vigas recamadas de flores de lis de estaño